

mado de José Donoso: "Pero no, no me dejen cruzar a la oscuridad donde ninguna zozobra existe me quieren (sic) mantener a este lado, en la penumbra...". Castro dice con bella ironía: "Al verme en libertad me negué a creerlo y pensé que estaban equivocados, que me haría falta esa única casa que era todo mía. Extrañaba el arriba abajo te vamos a matar hijueputa un dos tres cuatro adelante atrás...".

En los relatos de Óscar Castro la anécdota resulta mínima, casi un pretexto, justamente un pre-texto, mientras el discurso se construye a un nivel musical (perdone Óscar Castro las nivelaciones). Hay en él un gusto por la eufonía del vocablo, por el ritmo, la cadencia de las frases. Hay en él una frecuente transcripción de las voces vivas, el grito, la mimesis, la onomatopeya. Y hay también un regodeo en la invención del vocablo, en el juego de palabras, en el texto aliterado, en el trabalenguas. En ello se apoya mucho su ingenio, su gracia de narrador; pero, ¿paradójicamente?, en ello y con ello sus relatos, por momentos, sólo por momentos, represan cierto efectismo verbal. Así en el cuento *Desafiando la ciudad*, monólogo de un atravesado, de un sicario de la moto en su misión de cien mil pesos, en su loca carrera desde la cima de Matasanos, bajando de Don Matías a Medellín "[para] meterme a la ciudad como entro a tu vagiiiiiiiiina, mi amante Lulú", substrato anecdótico éste que sirve para crear y mantener un *crescendo* narrativo más que su pirotecnica verbal (sincronismos del ruido de la moto con las palabras), recurso que se va desgastando y apreciando como francamente inútil.

Eso mismo molesta un poco en *Sola en esta nube* (Premio único del III Concurso nacional de cuento Argemiro Pérez Patiño, Universidad de Medellín). Puede ser un escrúpulo, de acuerdo; pero el sacudimiento que provoca en el lector ese amargo soliloquio (está bien, monólogo interior) de Ana Clara, la vieja prostituta de El Pedrero, en su solitaria fiesta de cumpleaños, tal vez funcionaría igualmente bien, o hasta mejor, sin

estos malabarismos. *Sola en esta nube*, cuento lleno de virtudes, a trechos se disuelve en un trabalenguas y en un juego de palabras que quita tal vez algo de la conmoción contenida en este recuerdo de Ana Clara, "de Ana Clara bendita". Una santa.

De contera, esta colección termina con *El encuentro*. Al principio, sólo al principio, da la ilusión de ser un mero texto experimental. Luego, estas distintas versiones sobre un mismo asunto (la común, la dudosa, la cuarta, la acomodada y corriente, la más cercana a la verdad, etcétera) empiezan a parecer un guiño, más tarde un codazo del autor (que no del narrador) que se mete en el cuento para crear una múltiple perspectiva. En realidad —nos parece—, ninguna se excluye, todas contribuyen a la creación de un ámbito, mientras, gradualmente, se va abriendo ese vórtice, ese cráter que es el encuentro del narrador-personaje y el efebo Luis Guillermo.

No se sabe: al final queda ese fastidio de la rutina que vuelve, de ese asunto que Castro García resuelve en una fórmula: "Sentarse ocho horas en una oficina a observar de vez en cuando, con disimulo y sigilo, el sol que reverbera en las calles...". Para no hablar de ese limbo que provocan sus estatuas, a las once de la mañana, sus bronce oscuros y quietos, sin brillar a la luz del sol: "Las estatuas recorren, sudorosas, los espacios infinitos y se aman en los parques, al pie de sus pedestales y se suben a ellos al amanecer, ajenas a su sexo, a sus glorias...".

RAÚL JOSÉ DÍAZ



Itinerario a través del sinsentido y el tedio

En la línea beduina

Juan Carlos Moyano Ortiz

Ediciones Sociedad de la Imaginación,
Bogotá, 1984, 102 págs.

La primera solapa de este opúsculo informa que el autor tiene en su haber veintiséis años y otros tres libros publicados, que ha escrito obras teatrales y que en la actualidad, además de sus piruetas literarias (tiene una novela en preparación), "labora como acróbata ambulante y juglar de los parques y las calles". Esto no dice gran cosa sobre el autor. Sus relatos, en cambio, permiten conocer otras facetas.

Pese a que arranca con un epígrafe de Borges, este libro de relatos dista mucho de poner en práctica la consigna borgesiana de "distraer y conmover". Las ocho piezas que lo integran carecen de ese elemento sutil que Stevenson llamaría "encanto", y Cortázar, "fulguración": uno tiene que esforzarse para llegar al final de ese descenso a los hemisferios más oscuros de la existencia humana, el asco, el sinsentido, el tedio. Sus protagonistas son, casi en su totalidad, seres mutilados por dentro y por fuera, mendigos ulcerados, equilibristas envejecidos, drogadictos desahuciados, hombres y mujeres aplastados por una rutina desnuda de ilusiones, que se debaten —flores de sótano— en sórdidos paisajes suburbanos donde imperan la frustración, la soledad, el vacío, la muerte en vida. Pocas veces un libro habrá llevado una cubierta que exprese tan fielmente en términos visuales toda la carga de un contenido tenebroso.

El relato que le da nombre al volumen es un extenso soliloquio; *Vocación de pájaro ciego* y *El abismo de la escalera* están narrados en tercera persona, y los demás en esa forma fatigosa y pedante, esa segunda persona que, cuando no es manejada con acierto (como en el género epistolar), asume casi siempre el tono de la cantaleta, dándole al lector la poco agradable impresión

de ser el tercero en discordia. El único relato donde este recurso narrativo tiene justificación es *La neurosis de Dios*, en el que al final resulta que el narrador es también protagonista y no un titiritero invisible. El común denominador, con todo, parece ser la endeblez de la estructura, resultado de la fruición del autor en yuxtaponer expresiones cuidadosamente acuñadas con esa retórica entre esquizoide y alucinada —característica de ciertos guetos intelectuales donde se consumen dosis masivas de sonos antillanos, “antiedipo” y sociología de taberna, amén de otros yerbajos—, de modo que, según la trajinada expresión, la fronda no deja ver el bosque.

Abundan las frases de este corte: “el accidente fue un tizón que le obturó el nacimiento de la vida”, “no te quita la mirada rapaz que ejerce contra ti desde que decidió cumplirle a tu evidente agonía”, “acezando como un atleta coaccionado por la fatiga, alza su existencia por encima del agua”, y otras más cuyo rebuscamiento dejó de ser barroco para volverse decididamente churrigueresco. El repertorio de palabras favoritas del autor, de las que usa y abusa a discreción, incluye *tiempo*, *espacio*, *orgasmo*, *histeria*, *lazarillo*. Otras veces nos obsequia con tecnicismos infortunados —en el contexto—, tales como *psicosis* o *pathos*. Valga una muestra de esta “jerga muerta y alti-sonante” (según la observación del abogado parlanchín de la *Línea beduina*): “Entiendes, con algo de remordimiento, que tu capacidad intelectual de jovencito precoz no se compadece con el poder de autoafirmación que requieres para impulsar tus propios deseos. Por eso, desde el día inesperado cuando leíste la propaganda del *show* de Biky la Francesita, tu mente empezó a estimular aspiraciones y a resolver diferencias con el hostigamiento cotidiano de advertencias y reprimendas”, etc. Uno cree escuchar la resonancia de un eco distante: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace...”.

Sin embargo, cuando al autor le da por ensayar con la simplicidad, logra aciertos indudables. De un in-

válido nos dice: “es joven pero quiere ser anciano para morirse pronto”; de una doliente pordiosera: “en otro siglo te hubieran apaleado por indecente y en otra era hubieras pasado por profetisa”; o bien esta imagen, de una plasticidad repentina: “el café está frío, olvidado, mirando al techo con su ojo negro que reúne todas las negruras”. El relato que quizá sea el más logrado del conjunto, no por el tema hartado trillado (la mujer que en pleno climaterio acude a un reencuentro con su primer amor), ni por el tono *voyeur* con que nos es contado, sino por la sensibilidad casi proustiana hacia el paso del tiempo, es *La cita*, pese a que la frase-broche, por lo obvia, liquida el efecto final. Por su parte, *Vocación de pájaro ciego* desperdicia una oportunidad inapreciable para hacer una reflexión profunda sobre las relaciones entre artista-obra-público, y se deja arrastrar por senderos muy transitados hacia un desenlace ingenuo por lo previsible.

A base de contención de la exuberancia y cultivo pertinaz y autocrítico de la complacencia desmedida por las palabras que queda evidenciada en los logros y desaciertos de su obra, Moyano Ortiz puede llegar a sorprender dentro de algunos años. Por lo pronto, su *En la línea beduina* no es un libro de esos que a uno le gustaría releer.

HUMBERTO BARRERA O.

Poesía de algodón de azúcar

Bando de Villamaga

León Octavio

El Bando Editorial, Cali, 1984, 2a. edic., 60 págs.

El pícaro alemán Till Eulenspiegel urdió una ingeniosa treta para aligerar el peso de la bolsa de cierto señor feudal, tan esnob como acaudalado: pretendió tejer una tela tan rica y sutil que sólo podrían apreciarla aquellas personas de (diríamos hoy) elevado cociente intelectual, para lo



cual recababa alarmantes cantidades de oro y gemas. Siglos más tarde, Hans Christian Andersen retomaría esta travesura como materia para su cuento *El traje nuevo del emperador*: parábola de quienes, queriendo pasar por elegantes y finos, hacen el ridículo más estruendoso, y que simboliza especialmente una postura de *nouveau riche* frente a las laberínticas opciones del arte contemporáneo.

Ahora ha salido un nuevo espanto para intimidar disidentes: la “sagrada orden de los comilleros” de Kanibbalia, que “ejercen su doble papel de sacerdotes y perros policías, sin atreverse a más por física falta de talento”. Como es natural, en este lúgubre clan se inscriben todos aquellos que se atrevan a poner en duda las excelsitudes del reino de Villamaga, o mejor, de su “Bando”.

¿Qué son Villamaga y Kanibbalia? Volvamos a echar mano de las comillas: “Villamaga es un pequeño país que cimenta su sistema económico en la producción de sueños, ternura y creatividad. Esto, como es de suponerse, genera un abismal desequilibrio en su balanza de pagos frente al imperio, certeramente llamado Kanibbalia, que no es más que ese orden de cosas establecido para que el ser humano gaste su existencia en trivialidades y en una lucha estúpida de todos contra todos”. Ambos países, así como sus geografías, habitantes y teogonías, son fruto de la inspiración de León Octavio, joven escritor caleño (?) que ya había dado a la estampa, en mayo de 1984, una primera edición del *Bando de Villamaga*, publicación que es y no es libro-folleto-periódico-revista.